

## A la deriva

Mario López Ledezma  
Facultad de Filosofía y Letras, UACH.  
zero.mario.lopez@gmail.com

En la playa, durante una caminata rutinaria, los guardacostas encontraron tres botellas en la arena. Tras una inspección más detallada, se percataron de que las botellas contenían trozos de papel. La corriente debió haber cargado cualquier mensaje que las botellas contenían, tal vez con esperanza de que fueran leídos. Los guardacostas, curiosos por el descubrimiento, decidieron abrir las botellas y ver su contenido. La primera botella contenía un par de hojas amarillentas, arrugadas y en estado deplorable. Estaba escrita con lápiz y con una letra elegante, la cual se volvía más errática a medida que avanzaba la carta; apareciendo cada vez más palabras y pasajes tachonados. Entre ellos, resaltaba la fecha, pues había tres o cuatro distintas, todas rayadas de manera caótica; haciendo imposible su lectura. La carta de la primera botella, entonces, decía lo siguiente:

“¿Dónde estoy? No lo sé. No hay nada, solo hay agua, expandiéndose hacia el infinito hasta perderse de la vista en el horizonte. No tengo la menor idea de que fecha es, o cuando empecé a naufragar, pero parece que llevo perdido una vida entera. La única certeza que me queda es que estoy en medio de algún océano, rodeado de agua oscura. No hay peces ni vida marina, y si la hay, entonces se debe encontrar lejos de mí, pues hace varios días que no consigo alimento. Mi cuerpo se encuentra débil y desnutrido. Estoy sediento.

La balsa, gracias a la cual estoy vivo, contenía algunos recursos. Tenía provisiones para varias semanas, ¿o tal vez meses? También había unas cuantas botellas de cristal con agua y vino. Las botellas me han servido y he racionado bien el agua, pero no he hecho lo mismo con el alimento. Lo único que me ayuda a soportar el hambre ha sido dormir y escribir mis pensamientos en este cuaderno; me mantiene ocupado, pero no estoy seguro de que las hojas vayan a durar, o que siempre tenga con qué escribir.

No obstante, el hambre me obliga a seguir redactando. No puedo evitar preguntarme: ¿por qué?, ¿por qué estoy aquí?, ¿cómo llegué a este lugar, a esta situación? Es lo que pasa cuando uno se sube a un barco sin rumbo, a la deriva. Es mi culpa. Nunca he sabido que hacer de mi vida, ni siquiera quien soy, o debería ser. Tengo que hacer memoria. ¿Cómo llegué a aquí?

Cuando era niño, ninguna de estas cosas parecía importar, no es hasta que crecí que se convirtió en un problema. Todos esperaban algo de mí, pero, ¿qué era? Tal vez si me lo hubieran dicho lo hubiera logrado. Al menos, nadie me ha reclamado que fuera un parásito; siempre trabajé, unos meses aquí, otros allá. Todos trabajos insoportables. Era en esos momentos cuando me preguntaba, ¿mi vida siempre será de este modo?, ¿trabajaré hasta morir como mis padres? No, me decía a mí mismo, debe haber otro modo. Aún ahora no estoy seguro de si realmente lo habrá.

Creo que fue por aquel entonces cuando vi la posibilidad de trabajar como marinero. Nunca lo había intentado. Quería ver el mar, alejarme de todo lo que conocía, de la misma realidad que se repetía todos los días. Si iba a morir trabajando, por lo menos que fuera lejos de ese lugar. Lejos de la ciudad, del bullicio, del olor pútrido que inundaba las calles. También fue durante este tiempo que me di cuenta de que había algo mal en mí, aun si siempre lo había sospechado.

Si, todavía lo recuerdo. Después de días de merodear por las calles, de bar en bar, vi una mujer en un callejón. Me sonrió y me indicó con un gesto que la siguiera. La busqué por entre los callejones y por varias cuadras la seguí, hasta que llegué al puerto. La había perdido de vista, pero ahí estaba, en la cubierta de un barco. Subí al barco porque creí ver una mujer que me llamaba. Me enlisté en la tripulación porque esperaba verla. Le pregunté a toda la tripulación si la habían visto. Pero no había ninguna mujer en el barco; nunca existió. Ahora me doy cuenta de que fue una de mis primeras alucinaciones. Una que me indicó un rumbo que tomar. Si, por eso estoy aquí. Fue culpa mía, mi mente me engañó, me hizo ir de aquí a allá para terminar en este lugar, en medio de la nada, más perdido que nunca.

Nadie supo de mis alucinaciones, pues eran cosas simples. Escuchaba ruidos que no estaban ahí. Sentía un olor terrible, solo para que todos me dijeran que ahí no olía a nada. Pero era controlable, con la ayuda de otros era fácil saber que existía y que no. Ahora estoy solo.

Espero que alguien encuentre la carta...”

Una vez terminada la carta, los guardacostas decidieron abrir la segunda botella. La carta dentro de esta se encontraba en mejor estado, pero la escritura era errática, garabateada agresivamente. Los párrafos iniciaban y terminaban en lugares aparentemente aleatorios.

Solo después de unos momentos, los guardacostas lograron descifrar el mensaje. La carta decía lo siguiente:

“¿Por qué?, ¿por qué estoy aquí?. Nunca le hice mal a nadie, y si lo hice, me arrepiento. Entonces, ¿por qué me tenía que pasar esto?. No fue mi culpa el salir aquel día. Escucho algo. No, no lo escucho. ¿Por qué sigo aquí?, ¿por qué nadie me ha rescatado? No sé qué hacer. Ya sé, podría saltar de la balsa y nadar en los vastos océanos, recorrer las profundidades, donde los peces jamás han visto la luz del sol. Podría, tal vez, visitar los arrecifes de corales, llenos de color y vida submarina; peces de todas las formas, luchando por su alimento y preservación. No, no, jamás. Es una ilusión, moriré aquí. Fue la sirena, fue su culpa que yo esté aquí. Me condenó a la muerte.

Escucho algo. No, solo es la brisa. Va y viene. Se mueve lentamente, por sobre la superficie del agua. Ahí está, otra vez, ahora estoy seguro. Siento las vibraciones a través de la barca, llegando hasta lo profundo de mis huesos. Está lejos, pero lo escucho, se acerca. ¿Qué es ese rugido?, ¿es un buque? No, no es eso, ¿un leviatán?, ¿un monstruo? No lo sé. No veo nada, solo hay agua, oscura, por todos lados. No hay nada, nada en absoluto...

¿Soñé acaso aquel rugido? me quedé dormido. No, ahí está otra vez. Ahora es seguro, es real. Algo se acerca, pero está oscureciendo y no me verán. El buque no me rescatará y moriré; tan cerca de ser salvado. No, no, es bueno, el leviatán no me comerá, no me verá en la oscuridad y no lo verá... Silencio, solo escucho el viento. Tengo frío. Ahí está, todavía más cerca. El viento se ha callado, ha detenido su va y viene, esta aterrorizado. Si, yo me siento igual. Regreso el rugido, ahora está más cerca y se dirige hacia mí. Todo va a acabar, se acerca cada vez más y más. Todo acabará...”

La carta termina abruptamente. Los guardacostas, intrigados por lo que acababan de leer, se apresuraron a abrir la última botella. De las tres, esta era la que se veía más degradada. La carta, asimismo, era la más dañada. Esta contenía solamente una hoja, corroída por el agua y su mensaje casi completamente desvanecido. El cual solo consistía en una pequeña oración en su mayoría corrompida:

“El barco xxxx, el cuál surcó el día xxxxxxxxx con rumbo a xxxxx se ha hundido. Envíen ayuda”.